Yo quiero ir allá. Ikere etho iake. Yo pienso ir allá.

Los verbos que espresan una cosa que no existe en el momento en que se habla, no tiene perfecto, sino tan solo un imperfecto, como ronnhek8e, imperfecto, ha vivido, ya no vive. Por analogía de esta regla: si yo he amado à alguno, y si todavía le amo, me serviré del perfecto kenon8ehon. Si ya no le amo, me serviré del imperfecto kenon8esk8e: yo le amaba, pero ya no le amo. Esto en cuanto à los tiempos.

En cuanto à las personas, los verbos que espresan una cosa que no se hace voluntariamente, no tienen primeras personas, sino una tercera relativa a las otras. Así, yo estornudo, te8akitsionh8a, relacion de la tercera à la primera: este me estornuda, ó me hace estornudar.

Yo bostezo, te8akskara8ata, la misma relacion de la tercera no noble con la primera 8ak, esto me abre ta boca. La segunda persona tú bostezas, tú estornudas, será la relacion de la misma tercera persona no noble con la segunda tesatsionk8a, tesaskara8ata, etc.

Por lo que respecta à los términos de los verbos, ó à los régimenes indirectos, hay en los finales una suficiente variedad de modificaciones que los espresan con claridad, y estas modificaciones están sujetas à reglas fijas.

Kninons, yo compro. Kehninonse, yo compro para alguno. Kehninon, yo compro de alguno. —Katennietha, yo envio. Kehnieta, yo envio por alguno. Teiatennietennis, yo envio a alguno.

Del solo examen de estas lenguas resulta que los pueblos, à que damos el nombre de salvages, se hallaban muy adelantados en aquella civilización, que proviene de la combinación de las ideas: esta verdad se confirmará mas y mas por los pormenores de su gobierno (1).

CAZA.

Cuando los ancianos han resuelto hacer la caza del castor ó del oso, un guerrero va de puerta en puerta por los pueblos, diciendo: «Los gefes van a partir; los que quieran seguirles pintense de negro y ayunen para saber del Espiritu de los sueños en donde se encuentran este año los osos y los castores.»

Dado este aviso, todos los guerreros se embadurnan con negro de humo desleido con aceite de oso, empieza el ayuno de ocho noches, y es tan rigoroso, que no puede tragarse ni una gota de agua, y se ha de estar cantando continuamente, para tener sueños felices.

(1) La mayor parte de las curiosas noticias que acabo de dar sobre la lengua hurona, las he tomado de una pequeña gramática iroquesa manuscrita que ha tenido la bondad de remitirme Mr. Marcoux, misionero del Salto de San Luis, distrito de Montreal, en el bajo Canadá. Por lo demás, los jesuitas dejaron algunos trabajos importantes sobre las lenguas salvages del Canadá. El P. Chaumont, que habia pasado cincuenta años entre los hurones, compuso una gramática de su lengua, y tambien debemos preciosos documentos al P. Rasle, que vivió diezaños en un pueblo de Abenakis. Un diccionario francés-iroqués que está concluido, será un nuevo tesoro para los filólogos. Tambien existe el manuscrito de un diccionario iroqués é inglés; mas por desgracia se ha perdido el primer volúmen, que comprendia desde la letra A hasta la L.

Cumplido el ayuno, se bañan los guerreros, y se sirve un gran banquete, durante el cual cada indio refiere los sueños que ha tenido; si el número mayor de dichos sueños, designa un mismo punto para la caza, queda resuelto dirigirse á aquel sitio.

Se ofrece un sacrificio espiatorio por las almas de los osos muertos en las cacerías precedentes, y se les conjura que sean favorables á los nuevos cazadores; es decir, se ruega á los osos difuntos que dejen matar á los osos vivos. Cada guerrero canta sus antiguas

hazañas contra las fieras. Concluidas las canciones, parten completamente armados. Cuando llegan á la orilla de un río, los guerreros con un canalete en la mano, se sientan de dos en dos en el fondo de las canoas, y à una señal del gefe se colocan en fila: el que va a la cabeza rompe el esfuerzo del agua cuando se navega contra la corriente. A estas espediciones llevau trahillas, lazos abarcas para andar sobre la nieve. Cuando han llegado al punto convenido se sacan las canoas átierra, en donde las rodean de una empalizada revestida de cesped. El gese divide los indios en compañías compuestas de igual número de individuos. Divididos así los cazadores, se procede à repartir el pais de la caza: y cada compañía levanta unachoza en el centro del terreno quele ha correspondido.

Se separa la nieve, se clavan en el suelo unos piquetes, y se arriman à ellos cortezas de abedúl. Estas forman las paredes de las chozas, y sobre ellas se colocan otras inclinadas una sobre otra, que forman el techo del edificio; un agujero practicado en el centro sirve de chimenea. La nieve tapa por fuera los vaciosde la obra, y las sirve de enlucido ó enjalbegado. Encienden un brasero en medio de la cabaña; cubren de pieles el piso; los perros duermen à los pies de sus amos, y lejos de sentirse frio, se esperimenta un

calor sofocante. El humo lo llena todo, y los cazadores, sentados ó acostados, procuran colocarse al abrigo de este humo.

Para dar principio à la caza del castor, se aguardan las nevadas, y que el viento Nordeste, serenando el cielo, haya traido un frio seco. Pero durante los dias que preceden à este viento, se ocupan en otras cazas menores, como por egemplo las de las nutrias, zorras y ratones de almizcle.

Las trampas que se emplean contra estos animales son unastablas mas ó menos gruesas y anchas. Se abre un hoyo en la nieve: se coloca una punta de la tabla en el suelo, y la otra sobre tres pedazos demadera armados en forma de número 4. El cebo se pone en uno de los palos de esta cifra; y el animal que quiere cogerle, se introduce debajo de la tabla, tira del cebo, hace caer la tabla, y queda prisionero:

Los cebos difieren segun los animales à que se destinan: al castor le ponen un pedazo de madera de pobo, à la zorra y al lobo un trozo de carne, y al raton de almizcle nueces y fiutas secas.

Los armadijos para coger los lobos se colocan à la entrada de los pasos y à la salida de una maleza; à las zorras en la pendiente de las colinas, à alguna distancia de los conejares, à las ratas de almizcle en los sotos de fresnos, y à las nutrias en las hondonadas de las praderas y en los juncares de los estanques.

Se visitan las trampas por la mañana, y al efecto parten de la choza dos horas antes de amanecer.

Los cazadores caminan sobre la nieve con unas abarcas de diez y ocho pulgadas de largo y ocho de ancho; su forma es oval por delante ypuntiaguda por detras: la curbatura de la elipse es de madera de abedúl doblada y endurecida al fuego, y las cuerdas transversales y longitudinales, son unas correas de

cuero, de seis lineas en todos sentidos, reforzadas con vástago de mimbre: este calzado se sujeta á los pies por medio de tres correas. Sin estas máquinas ingeniosas seria imposible en invierno dar un paso por aquellos climás; pero al principio incomodan y fatigan mucho, porque precisan á volver las rodillas hácia dentro y separar las piernas.

Cuando se procede a visitar y recoger los cepos en los meses de noviembre « diciembre, se hace ordinariamente en medio de los remolinos de nieve, de granizo y de viento, y el cazador apenas distingue medio pie delante de si. Marchan en silencio; pero los perros que perciben el olor de la pieza; lo manifiestan con abullidos. Es necesaria toda la sagacidad del salvage para encontrar las trampas sepultadas con las sendas bajo los hielos.

A un tiro de piedra de los lazos, se detiene el cazador para aguardar la salida del sol; permanece en pie inmóvil en medio de la tempestad, la espalda vuelta alviento y los dedos en la boca: en cada pelo de las pieles en que va envuelto, se forma una aguja de escarcha, y el copete de cabello, que corona su cabeza se convierte en un penacho de hielo.

Si alromper el dia descubren que las trampas han caido, corren à dar fin de la bestia cogida. Un lobo ó una zorra, con los lomos medio magullados, muestra al cazador su negra boca y afilados dientes, pero los perros los rematan muy pronto.

Se separa la nueva nieve, y se vuelve à armar la máquina, en la que se pone un cebo fresco, que se cuida de colocar en la direccion del viento. Algunas veces sucede que los cepos se suelten sin coger la caza; este accidente es efecto de la astucia de las zorras, las cuales sacan el cebo adelantando la pata por el lado de la tabla, en lugar de meterse bajo la trampa, por cuyo medio hacen el pillage libres de todo riesgo.

Si la primera recolecion de lazos ha sido copiosa, los cazadores regresan triunfantes á la cabaña con una algazara estraordinaria: refieren los lances de la madrugada; invocan à los manitús; gritan sin entenderse, desatinan de alegria, y hasta los perros los acompañan con sus ladridos. Del éxito de este primer dia se sacan los presagios mas favorables para lo venidero.

Cuando acaban de caer las nieves, y resplandece el solsobre su endurecida superficie, se publica la caza del castor. Ante todo se hace una oracion solemneal Gran Castor, presentandole una ofrenda de tabaco de hoja. Cada indio se arma de una gran maza para romper el hielo y una red para coger la presa, mas por mucho que sea el rigor del invierno, ciertos lagos pequeños del alto Canada, no se hielan jamás: senómeno que proviene ó de la abundancia de algunos manantiales calientes, ó de la esposicion particular del terreno.

Estos depósitos de aguano congelables están generalmente formados por los mismos castores, segun llevo dicho en el artículo de historia natural. He aquí como se destruyen las pacificas eriaturas de Dios

En la calzada del estanque en donde viven los castores, se practica una abertura bastante ancha para que el agua pueda derramarse, y la ciudad mararillosa quede en seco. Puestos los cazadores sobre la calzada, con una maza en la mano y los perros detras, están con la mayor atencion mirando como quedan à descubierto las habitaciones, al paso que va bajando el agua. Alarmado el pueblo antibio a vista de tan rapido derrame, y juzgando, sin conocer la causa, que se ha abierto alguna brecha en la calzada, tratan al momento de cerrarla. Todos nadan á porfia: los unos se dirigen para examinar la naturaleza del dano, estos acuden á la orilla para buscar materiales;

Biblioteca popular.

aquellos corren à las casas de campo para avisar à sus conciudadanos. Los desventurados se ven cercados por todas partes: la maza deja tendido sobre la calzada al obrero que se esforzaba en reparar la averia; el habitante refugiado en su casa de campo, no está ya seguro; el cazador le arroja á los ojos un polvo que le ciega, y los perros le ahogan. Los gritos de los vencedores resuenan por los bosques, el agua se agota, y marchan al asalto de la ciudad.

El modo de coger los castores en los viveros helados es distinto: practicanse en el hielo algunas aberturas; y los castores, aprisionados bajo su bóveda de cristal, corren à respirar à aquellos agujeros. Los cazadores procuran tapar con hojas de caña el lugar quebrantado; porque sin esta precaucion, los castores descubririan la emboscada que les oculta el meollo de junco que se ha derramado sobre el agua. Aproximanse, pues al respiradero; pero el remolino que forman nadando, los vende: el cazador mete el brazo por el agujero, coge el animal por una pata, y le arroja sobre el hielo, donde le rodea un circulo de asesinos, perros y hombres. Colgado al punto á un árbol, un salvage le desuella medio vivo, à fin de que su piel vaya mas allá de los mares á abrigar ia cabeza de un habitante de Londres o París.

Terminada la espedicion contra los castores, regresan de la caza á la cabaña, cantando himnos al Gran-Castor, al compás del tambor y del chichikué.

La operacion de desollar las reses se hace en comun. Se plantan postes; en cada uno de ellos se cuelgan de las patas dos castores, y colocado un cazador á cada lado, á una voz del gefe abren el vientre de los animales muertos y los desuellan. Si entre las víctimas se encuentra una hembra, esto produce una consternacion universal; porque el matar las hembras del castor, ademas de crimen religioso, es

tambien un delito político, una cansa de guerra entre las tribus. Pero sin embargo, el interés, la aficion à los licores fuertes, y la necesidad de armas de fuego, se han sobrepuesto à la fuerza de la supersticion y al derecho establecido; un gran número de hembras han sido ojeadas y muertas, lo que tarde ó temprano producirá la estincion de su raza.

La caza termina con una comida compuesta de la carne de los castores: en ella pronuncia un orador el elegio de los difuntos como si no hubiese contribuido à su muerte: refiere todo lo que yo he dicho de sus costumbres; pondera su talento y su sagacidad: «Ya no oireis, dice, la voz de los gefes que os mandaban, à los que habiais elegido para que os diesen leyes entre todos los guerreros castores. Vuestro lenguage, que los agoreros comprenden perfectamente no se hablará ya en el fondo del lago; ya no dareis mas batallas à las nútrias vuestros crueles enemigos. ¡No, castores! pero vuestras pieles servirán para comprar armas; nosotros llevaremos à nuestros hijos vuestros jamones curados al humo, y no permitiremos que nuestros perros quebranten vuestros duros huesos.»

Todos los discursos y todas las canciones de los indios manifiestan que estos se asocian à los animales suponiéndèles cierto caracter y lenguage, que los miran como unos institutores, como unos seres dotados de una alma inteligente. La Escritura ofrece mu chas veces à los hombres el egemplo del instinto de los animales.

La caza del oso es la mas importante entre los salvages. Se hace en invierno, y empieza por largos ayunos, punticaciones sagradas y banquetes. Los cazadores siguen unos caminos espantosos a orilla de los lagos, y entre montañas cuyos precipicios oculta la nieve. En los desfiladeros peligrosos ofrecen el sa-

crificio que se reputa mas acepto al genio del desierto, cual es el de suspender un perro vivo á las ramas de un árbol, y dejarle morir alli rabiando. Algunas chozas dispuestas de pronto cada noche, proporcionan un miserable abrigo: allí están helados por una parte y abrasados por otra: para defenderse contra el humo, no hay otro recurso que el de acostarse boca abajo, envuelto entre pieles. Los hambrientos perros ahullan, y pasan y vuelven á pasar repetidas veces sobre el cuerpo de sus amos; y cuando estos creen que van á tomar un miserable refrigerio, su perro, que ha estado mas alerta, se lo traga.

Despues de inauditas fatigas, llegan à unas llanuras cubiertas de bosques de pinos, que son la guarida ordinaria de los osos. Alli se olvidan las incomodidades y los peligros, y comienza la accion.

Divídense los cazadores, y situándose á cierta distancia unos de otros, abrazan un grande espacio circular. Colocados en los diferentes puntos del circulo, marchan á la hora convenida sobre un radio que se dirige al centro, examinando con cuidado todos los árboles antiguos en donde suelen esconderse los osos: muchas veces descubre al animal la señal que deja su aliento en la nieve.

Luego que el indio ha descubierto las huellas que husca, llama á sus compañeros, trepa al pino, y á diez ó doce pies del suelo encuentra el agujero por donde el solitario se ha retirado á su celdilla: si el oso está dormido, le parten la cabeza, y subiendo luego al árbol otros dos cazadores, ayudan al primero á sacar al muerto de su escondrijo y precipitarlo.

El guerrero esplorador y vencedor baja entonces, enciende su pipa, la coloca en la boca del oso, y soplando en el braserillo de la pipa, llena de humo el garguero del cuadrúpedo. En seguida dirige algunas palabras al alma del difunto; le ruega que le perdone

su muerte, y no le sea contrario en las cacerías. Despues de esta arenga, corta el frenillo de la lengua del oso, para quemarla en el pueblo, á fin de descubrir por su chisporroteo, si el espíritu del oso está ó no aplacado.

No siempre se encuentra al oso encerrado en el tronco de un pino, porque habita con mucha frecuencia en una guarida, cuya entrada cubre. Este buen ermitaño suele estar tan repleto, que apenas puede andar, sin embargo de haber vivido sin comer una parte del invierno.

Los guerreros que partieron de los diferentes puntos del círculo dirigiéndose al centro, se encuentran al fin en él, llevando, arrastrando ú ojeando su presa: algunas veces se ven llegar jóvenes salvages, que con una varita hostigan à un enorme oso que trota pesadamente sobre la nieve, y cuando ya están cansados de este juego, clavan un cuchillo en el corazon del pobre animal.

La caza del oso, lo mismo que todas las demas, acaba por un convite sagrado, en el cual se acostumbra à asar un oso entero, y servirle à los convidados, que están sentados al rededor sobre la nieve, al abrigo de los pinos, cuyas ramas se hallan tambien cubiertas de nieve. Alli se vé en la punta de un poste la cabeza de la víctima, pintada de azul y rojo, y algunos oradores le dirigen la palabra, prodigando alabanzas al muerto, al mismo tiempo que devoran sus miembros. «¡Con qué ligereza trepabas á lo alto de los árboles! ¡Con qué fuerza acometias! ¡Con qué constancia llevabas adelante tus empresas! ¡Cuanta sobriedad en tus ayunos! Guerrero de vellosa vestidura, las jóvenes osas se abrasaban de amor por tí en la primavera. Ahora ya no existes; pero tus despojos hacen aun las delicias del que los posee.»

Muchas veces, mezclados con los salvages, se ven

en estos convites algunos perros, osos y nútrias domesticados.

Durante esta caza, contraen los indios algunos compromisos, que con dificultad pueden cumplir; juran, por egemplo, no comer hasta haber llevado à su muger ó à su madre la pata del primer oso que maten; y algunas veces su muger y su madre se hallan à tres ó cuatrocientas millas del bosque donde han muerto la bestia. En estos casos se consulta al agorero, el cual, mediante un presente, arregla el negocio. Los imprudentes que hacen estos votos, quedan libres de ellos quemando en honor de la Gran-Liebre la parte del animal que habian dedicado à sus parientes.

La caza del oso concluye á fines de febrero, y en esta época empieza la del alce. Encuéntranse grandes manadas de estos animales en los semilleros de abetos.

Para cogerlos se cierra un terreno considerable en dos triángulos de designal estension, formados de estacas altas y muy unidas. Estos dos triángulos se comunican por uno de sus ángulos, à cuya inmediación se colocan algunos lazos. La base del triángulo mayor permanece abierta, y los guerreros se colocan en ella formando una sola fila. Desde aquel punto empiezan à avanzar dando grandes gritos y tocando una especie de tambor: los alces echan à huir por el cercado que forman las estacas, buscando en vano una salida, y cuando llegan al estrecho fatal, quedan cogidos en los lazos; los que salvan este peligro, se precipitan en el triángulo pequeño, en donde son fâcilmente asacteados.

La caza del bisonte se verifica en tiempo de verano en las savanas que rodean el Missouri ó sus afluentes. Los indios, recorriendo la llanura, hacen huir las manadas hácia el rio. Cuando rehusan huir, se pone fuego à las yerbas, y los bisontes se encuentran estrechados entre el incendio y el rio. Algunos millares de aquellos pesados animales, bramando à la vez, atravesando las llamas ó las aguas, y cayendo heridos por una bala ó una estaca, ofrecen un espectáculo admirable.

Aun emplean los salvages otros medios de ataque contra los bisontes: unas veces se disfrazan de lobos á fin de aproximarse mas; otras atraen à las hembras imitando los mugidos del macho. Hácia el fin del otoño, cuando los rios apenas están helados, reunidas dos ó tres tribus, dirigen los ganados hácia estos rios. Un sioux, revestido con la piel de un bisonte, pasa el rio sobre el quebradizo hielo; engañados los bisontes le siguen, pero el fragil puente se rompe bajo el peso de las enormes reses, que pereceu en medio de aquellas ruinas flotantes. En estas ocasiones se sirven los cazadores de la flecha: el golpe mudo de esta arma no espanta la caza, y el cazador recoge la saeta luego que tiene rendido el animal. El mosquete no tiene esta ventaja, porque en el uso del plomo v de la pólvora, hav pérdida y ruido.

Se tiene mucho cuidado de coger los bisontes á contra viento, porque estos animales ventean al hombre á gran distancia. Los machos heridos se vuelven contra el que los ha asestado el golpe, defienden á la hembra, y mueren muchas veces por ella.

Los sioux que vagan por las savanas à la orilla derecha del Mississipi, desde este rio hasta el salto de San Antonio, adiestran caballos de raza española, con los cuales persignen à los bisontes.

Algunas veces tienen enesta caza muy singulares compañeros, cualesson los lobos. Estos se reunen á los indios á fin de aprovecharse de lo que dejan, y en la confusion, suelen llevarse los becerros que se estravian.

Muchas veces cazan tambien los lobos por sí mismos. Tres ó cuatro de ellos divierten á una vaca con sus juegos, y mientras ella observa atentamente los juegos de aquellos traidores, un lobo oculto en la yerba la coge por las tetas; el animal vuelve la cabeza para sacudirse, y entonces le asaltan al cuello los tres cómplices de aquel malvado.

En el sitio donde se verifica esta caza, se ejecuta algunos meses despues otra no menos cruel, aunque mas pacífica, cual es la de las palomas: las cogen por la noche a la luz de una antorcha sobre los árboles aislados, en donde reposan durante su emigracion del

Norte al Mediodía.

La vuelta de los guerreros en la primavera, cuando la caza ha sido buena, es una gran fiesta. Buscan nuevamente sus canoas, las reparan con grasa de oso y resina de terebinto: las peleterías, las carnes curadas al humo, y los equipages, se embarcan y se abandonan à la corriente de los rios, euvos saltos y cataratas han desaparecido con el crecimiento de las aguas.

Al acercarse à los pueblos, salta en tierra un indio, y corre à avisar à la nacion. Las mugeres, los niños, los ancianos y los guerreros que han quedado en las cabañas, corren todos al rio, y saludan á la flota con un grito que es contestado con otro igual. Entonces rompen las piraguas su fila, y se colocan costado con costado presentando la proa. Los cazadores saltan á la orilla, entran en los pueblos con el mismo órden que se observó en la partida, y cada uno de ellos canta sus propias alabanzas. «Es necesarioser todo un hombre para atacar a los osos como yo lo he hecho; es menester ser todo un hombre para traer las pieles y los víveres que yo he traido en tan grande abundancia.» Las tribus aplauden, y las mugeres siguen descargando los productos de la caza.

Se reparten en la plaza pública las pieles y las carnes; se enciende el fuego del regreso, y se echan en él los frenillos de lengua de oso: si son carnosos y chisporrotean bien, es muy buen aguero; si estan secos y se queman sin ruido, es señal de que la nacion se halla amenazada de alguna gran desgracia.

Despues de la danza de la pipa, se sirve la última comida de la caza, que consiste en un oso que se ha traido vivo de la selva: le ponen à cocer todo entero, con la piel y las entrañas, en una enorme caldera. No ha de dejarse nada del animal, ni han de quebrantarse sus huesos, como acostumbran los judios, y es preciso beber hastala última gotade agua en que ha sido hervido: para lo cual el salvage cuyo estómago rehusa el alimento, llama en su auxilio à sus compañeros. Esta comida dura ocho ó diez horas, y los concurrentes salen de ella en un estado deplorable; algunos pagan con la vida el horrible placer que la supersticion impone. Un sachem cierra la ceremonia diciendo:

«Guerreros, la Gran-Liebre ha mirado nuestras flechas: habéis mostrado la sagacidad del castor, la prodencia del oso, la fuerza del bisonte, la celeridad del alce. Retiráos, pues, y pasad la luna de fuego en la pesca y en los juegos.» Este discurso termina con el grito religioso joah! que se repite tres veces.

Los animales que suministran la peletería à los salvages son: el tejon, la zorra gris, amarilla y roja, el pecano, el gofero, la liebre gris y blanca, el arminio, el castor, la marta, el raton de almizcle, el gatotigre ó carcajú, la nútria, el lobo cerval, la ardilla negra, gris o listada, el oso y el lobo de muchas especies.

Las pieles que se destinan para curtirse son las del alce, dante, oveja montés, corzo, gamo, ciervo y bisonte.